

Discurso de recepción

En el Aula Máxima del Colegio del Rosario y a presencia del excelentísimo señor presidente de la república, del excelentísimo señor rector del Claustro, de la Honorable Consiliatura, de los superiores y profesores del colegio, de los padrinos, familiares y amigos de los nuevos Colegiales y de sus condiscipulos, el señor Eduardo Buenaventura Lalinde, luego de solemne y significativa lectura del CREDO y tras de prestar juramento sobre los Santos Evangelios, al igual que sus compañeros en Colegiatura, de ser fieles a las sabias Constituciones del Instituto, como recepción de sus prerrogativas, pronunció las siguientes palabras que, según el ritual, obtuvieron de monseñor Castro Silva respuesta conmovida y fervorosa:

Mirad qué grande, qué augusta y qué señorial solemnidad es la que se respira hoy en el seno de este claustro cien veces bendito, en cuyo recogimiento de serena quietud nos parece ver suspendida el alma rosarista, al igual que una lámpara votiva, prisionera en el seno ojival de las catedrales antiguas...

Y mirad también, cuánta y cuán honda es la tristeza que se cierne sobre el cielo universal, cuando de la calma fundada en el espíritu hemos pasado a escuchar y a vivir el agudo y vibrante clamor de trompetas que anuncian el advenimiento de una época nueva, sobre un cielo en que "el clarín de los ángeles habrá de vibrar con timbres de milicia".

¡Clara realidad...! Antítesis manifiesta, que me trae a la mente el momento espiritual que debió de vivir Luis de Beethoven, allá por los primeros años del siglo XIX, cuando, amargado por la vida y con el alma llena de tristeza, vio triunfar, sin embargo, con las orquestas y las masas corales de la Viena imperial, uno de los más grandes sueños de su

vida. Había querido siempre componer una sinfonía de carácter nuevo y de nuevas proporciones armónicas, cuyo final debía enriquecerse con los coros escritos sobre las palabras del inmortal Federico Schiller; y a esa obra, y a su término, había dedicado gran parte de la segunda etapa musical de su vida.

Ya por los albores del año de 1824 estaba terminada aquella página de inspiración sublime, en la cual el genial artista había pintado la agonía de un corazón humano, que, en medio de inenarrables fatigas y sufrimientos, suspiraba por el amanecer de un nuevo día, lleno de luz, de armonía y de equilibrio, para poder gozar de la suprema arquitectura del espíritu, en todo el fragor de su salvaje pureza... ¡En los salones del Palacio imperial se ejecutaba entonces la Novena Sinfonía!

Pero detengámonos un momento y procuremos adentrarnos un poco en los sentimientos del genial compositor, torturado por la cruel enfermedad que lo privaba de oír la interpretación de su obra... Era palpable la lucha entre la materia y el espíritu: sus sentidos no querían responder al llamamiento supremo; su alma deseaba libertarse de la envoltura externa, para remontarse a lo infinito.

¡Pensad, siquiera por un momento, la exquisita magnificencia del soberbio contraste: la imaginación prodigiosa del genio, pendiente de las manos delicadas que armonizan el conjunto, Beethoven sigue con mirada fija y temerosa el ritmo de las manos del intérprete; su espíritu está pendiente de la emoción que en los oyentes habrán de dejar las notas inmortales de su sinfonía, y teme que sus acordes, encerrados en las tinieblas de su interior, no reflejen realmente lo que tan profundamente ha sentido por horas y horas, durante la gestación gloriosa de aquella obra inmortal!

Qué severamente triste había sido la vida para con el inmortal compositor: su crueldad había llegado hasta privarlo del oído, y en ese momento supremo sólo le quedaba el recogimiento interior para poder sentir en lo más hondo del alma el torrente de las voces que su inspiración había gravado entre las líneas de aquel soberbio pentagrama... Luz de su alma entre tinieblas de su oído... Tempestad de

su espíritu entre la calma infinitamente desesperante de no escuchar el estampido de su genio de artista.

Rara tristeza aquella de los genios; violenta conmoción entre lo que miran como lo que debiera ser, y lo que es en realidad... La tradición nos cuenta, desgraciadamente sin documentos, que en la tarde del 6 de agosto de 1824, Simón Bolívar, "el divino sol caraqueño", cuando sólo se oía sobre la pampa de Junín el chasquido de las lanzas y el ruido macabro de los sables, quebrando los huesos y rasgando la carne de la tropa, sintió un temblor mecánico, y para dar un ejemplo sublime del verdadero valor, que es aquel que vence el temor del espíritu, se incorporó varonilmente sobre el galápago inglés de su caballo de guerra, y exclamó en presencia de sus oficiales... "¡Naturaleza cobarde... yo te venceré!".

Qué peculiar y qué extraña es esa visión lejana de los espíritus que se han formado en la arquitectura de la idea, con la adversidad por compañera, observad cómo el genio de la música, en orquestación de sinfonías, levanta templos de grandeza a las divinidades del pentagrama, en medio de una vida que se le enfrenta y que lo desafía con una crueldad que raya en el refinamiento; contemplad al genio de la guerra, todo pensamiento y todo acción, que, a pesar de su férrea estructura, siente horror más que miedo, ante los pasajes de aquella macabra epopeya, pero lo crucifica valerosamente, para tener meses más tarde la infinita satisfacción de percibir el aplauso de todo un continente que se puso de pies para verlo pasar.

Hoy que parece haberse formado en el universo un cataclismo de proporciones gigantescas, en que las más elementales leyes de la naturaleza tratan de ser desconocidas, nosotros, los que pensamos con la filosofía del de Aquino, los que aprendimos qué es justicia, qué es verdad y qué es patria... los que hemos vivido siempre libres, única forma verdadera de la vida, nosotros, digo, debemos obedecer el mandato de nuestras conciencias y elevar al cielo una plegaria conjunta, para que vuelva la ceja de luz que nos ha de llevar al verdadero paraíso.

Ante el espectáculo de hoy, que parece habernos deja-

do el alma sumida en la inconsciencia, no debemos predicar más la voz de armas a discreción; prediquemos la fortaleza del espíritu, la arquitectura mental y la lucha común por ideales que nos son sagrados... Y por los derrotados de los que sí supieron desear la verdad que hace libres, empuñemos las armas del espíritu en esta hora aciaga para la humanidad, que ya ha llegado el momento de vestir la coraza de los hombres y salir en marcha con paso de vencedores.

Ante el aterrador contraste que presenta hoy el viejo mundo, es de creerse que la materia aparentemente se ha impuesto sobre el espíritu; que la voz clamorosa de los hombres libres se está apagando en ese continente, y que el estruendo de la tempestad habrá de ahogarnos con su eco sor-do y aterrador.

El mundo se encuentra hoy en una lucha decisiva: la lucha de la materia en contra del espíritu.

Cuando la humanidad conoció a los viejos artifices de la Grecia clásica, y también cuando aprendió a oír a los medioevales renacentistas, se estudiaba el hombre en su verdadera integridad, deduciéndose entonces, en todos los órdenes del saber humano, las más portentosas concepciones de la ciencia realmente humana. Predominaba la esencia sobre la forma, y el espíritu era la inquietud de quienes podían pensar. Hoy por hoy, la forma y la materia con ella, se han vuelto el tema de eruditos físicos, de colosos matemáticos y de mecánicos prodigiosos; el hombre, olvidándose de sí mismo, se ha consagrado a hacer mejor su vida externa y únicamente ella; de esta idea brotó la civilización del rascacielo, de la probeta del laboratorio y de la nave aérea. Los métodos de destrucción se han acendrado sin límites y esto originó la necesidad de proteger como el bocado del puma, los mercados comerciales. Ya no se estudiaba qué era el poder de los seres humanos como ángeles, sino el confort de los mismos como bestias.

Se aumentaron los despropósitos de pensamiento para hacer justa la noción de tener más y la humanidad, que había vivido en equilibrio, comenzó por el total rompimiento de las esferas de la justicia y del orden, como consecuencia fatalmente lógica de aquellos horribles proceder; y co-

mo ya empezaba el general descontentamiento, la humanidad sólo pensó en perfeccionar hasta lo indecible los métodos de destrucción, y para hacer más completo el desequilibrio cósmico, se creó la teoría de los “hombres-tipos” o ejemplares humanos perfectos, distintos y superiores a los demás, cuando hace ya 19 siglos que el Hombre-Dios proclamó la “unidad específica” de la Naturaleza humana.

Amargura sin límites en el espíritu de Beethoven; sufrimiento por temor en el alma de Bolívar... pero triunfo del espíritu sobre la materia, del equilibrio y de la armonía, sobre la hecatombe artificial.

Las fuerzas ideológicas reales no habrán de ser vencidas por la materia; los valores espirituales predominarán siempre, a costa de grandes sacrificios, y la libertad que ellos representan en su más pura esencia, no puede desaparecer sobre la faz de la tierra. La hecatombe que contemplamos, en la Europa bañada en sangre, por un cataclismo de sus arterias vitales, no puede tener en nuestras almas una significación de pasiva indiferencia. América, la tierra que produjo entre su seno las más altas estrellas de su cielo y los más perfectos paladines de sus cantos a la civilización... esa América, creadora de sus propios destinos, le está dando de nuevo al mundo un ejemplo magnífico; el espíritu de libertad, avisor y consciente, que sabe de su responsabilidad ante la historia y que quiere encontrarse listo para la batalla final, debe vivir en el alma de cada uno de nosotros, y principalmente en el alma de este Colegio, que fue cuna de la república, y cuyos muros añosos contemplaron firmes el sacrificio de sus hijos y la barbarie de una soldadesca que quería ahogar el alma de un pueblo deseoso de ser el único árbitro de sus propios destinos, con métodos siempre abominables por inhumanos, que dieron un solo resultado: Colombia libre de las cadenas que la ataban al Viejo Mundo.

No olvidemos que la América es hoy el reducto inexpugnable de las ideas, del pensamiento, del culto a la verdad, y del sagrado ejercicio de ser libres; no olvidemos que es deber de los americanos vivir unidos y alerta, para que mañana, cuando atrapen los cármes opimos de la heredad

los burdos mercaderes, no tengamos que llorar como mujeres, lo que guardar como hombres no supimos...

Y, finalmente, démonos cuenta de que como arteria principal de un gran sistema ideológico, debemos tener empuñada la bandera del triunfo, para que, después de la batalla, podamos clavarla con orgullo sobre el corazón del mundo.

En esta fiesta solemne, que es un remanso de amor para el espíritu, se renueva en mi alma la recordación del venerable Dominicó, cuando proclamó que fundaba su instituto para educar "varones insignes, ilustradores de la república con sus grandes letras y con los puestos que habrán de merecer por ellas...".

Recordemos siempre ese pensamiento de infinita sabiduría y pongamos sobre el alma, a la manera de un tatuaje, ese reflejo del perpetuo equilibrio que plasmó Cristóbal de Torres al poner como emblema rosarista la Cruz de Calatrava, símbolo perfecto de la única doctrina posible entre los hombres... la doctrina del Amor, la doctrina de Cristo, para que mañana, haciendo un templo de cada corazón, prediquemos el amor de los unos por los otros...

Mayo de 1941.

